

SACERDOTES ASESINADOS EN EL LEVANTE ALMERIENSE EN 1936 (2ª PARTE)*

FRANCISCO MARTÍNEZ BOTELLA
Sacerdote e investigador

I. INTRODUCCIÓN

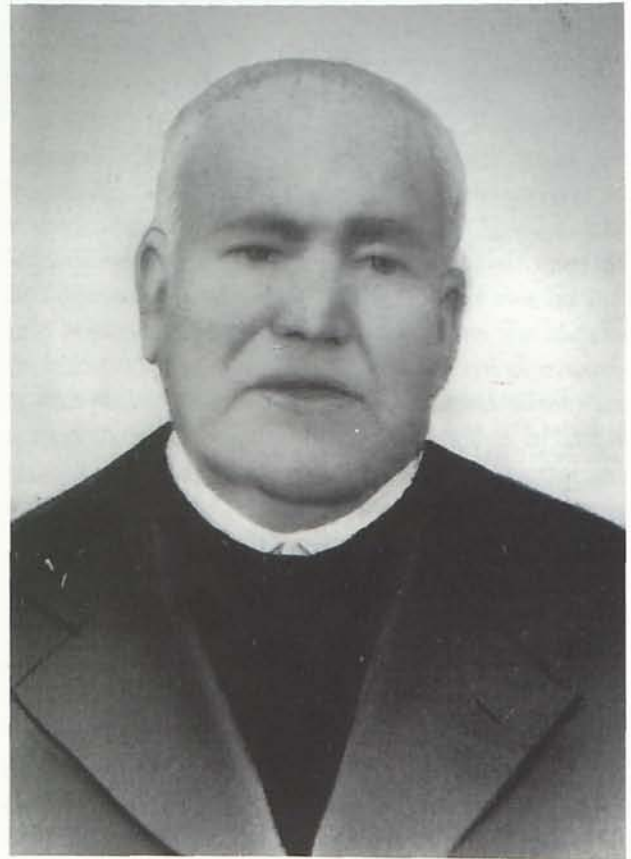
Continuando con la tarea emprendida años atrás, presentamos una nueva entrega en la *Revista Axarquía* de las investigaciones sobre los sacerdotes asesinados en el Levante Almeriense durante los primeros meses de la Guerra Civil de 1936. Si en la primera parte se habló de los cinco sacerdotes zurgeneros y de las dos parejas de hermanos —Fuentes Ballesteros y Almunia López—, en esta ocasión mostraremos la realidad que les tocó sufrir a otros curas de la comarca: Don José Castaño Galera, Don Fernando González Ros y Don Florencio López Egea, párrocos respectivamente de Bédar, Sorbas y Turre.

II. DON JOSÉ CASTAÑO GALERA, CURA PÁRROCO DE BÉDAR

Don José era lo que se conoció tradicionalmente como «cura pilongo», es decir, párroco de su pueblo natal. La villa de Bédar atravesaba en vísperas de la Guerra Civil una profunda crisis económica después de haber cerrado las minas, principal fuente de trabajo en aquella época. Bédar había sufrido otra notable transformación durante la década de los veinte: la segregación de los Gallardos como municipio independiente en el año 1925, gracias en buena medida a las gestiones del sacerdote gallardero don Bienvenido Alarcón Castaño.

Nuestro sacerdote había nacido en Bédar el 8 de noviembre de 1870 y allí fue bautizado al día siguiente. Hijo de una familia de labradores, supo desde niño lo que es el duro trabajo del campo, por eso trabajó

* Todos los datos contenidos en el presente artículo han sido extraídos de la *Positio supra Maryrum* (Diócesis de Almería). Y las fotografías del libro: *Almería bajo la paz espiritual de Franco, 1947-1952*, Almería, 1952.



José Castaño Galera, cura párroco de Bédar

sin desfallecer ganando su sustento hasta el último día de su vida. Desde niño sintió la vocación al sacerdocio y por ese motivo ingresó en el seminario de Almería, donde siguió la carrera sacerdotal hasta el año 1896, fecha en la que recibió el orden sacerdotal. Los primeros años como cura, los pasó como coadjutor de Turre, Antas, Tabernas y Carboneras, sucesivamente, donde dejó entre los feligreses fama de trabajador, humilde y caritativo. En el año 1925 recibe el nombramiento de capellán de Sierra Alhama, puesto que desempeñó con fidelidad hasta 1935, fecha en la que fue trasladado a Bédar. Destacó don

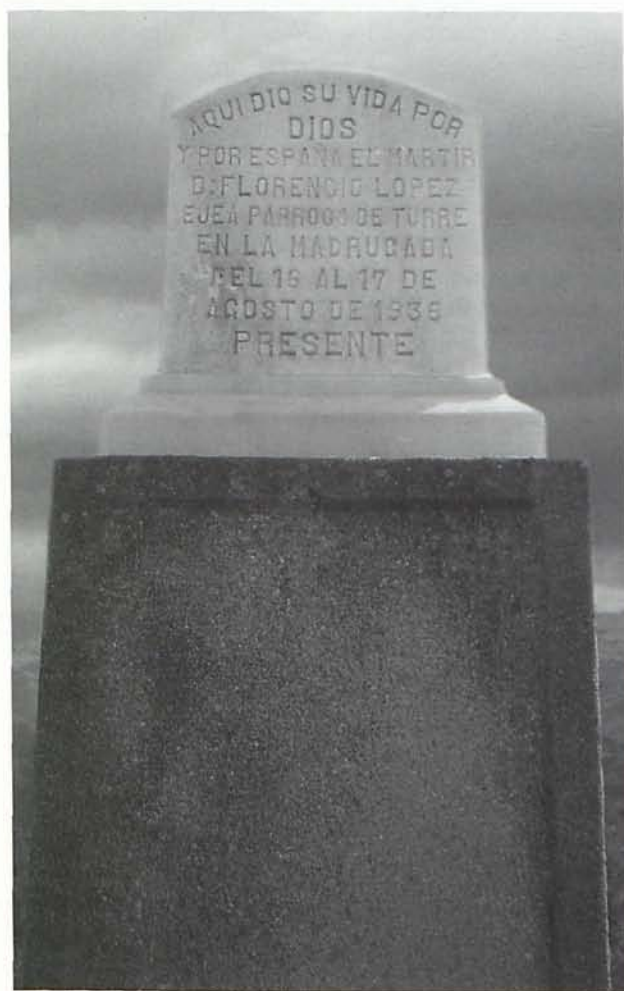
José por su sencillez evangélica: vida de oración, atención a todos sin distinción ni acepción de personas y extrema pobreza. Recuerdan todavía hoy algunos octogenarios de Bédar haber visto al cura «rebuscar» olivas en el campo para poder sobrevivir, pues debido a la extrema pobreza de los feligreses no obtenía estipendio alguno por sus servicios pastorales.

En los primeros días de la Guerra don José fue detenido en su propia casa y, cuando lo conducían hacia el Ayuntamiento, pidió por favor a los milicianos que lo dejaran entrar en la iglesia, habiéndoselo permitido sólo un instante, y tras consumir las sagradas formas que había en el sagrario, continuaron su conducción hacia el arresto. En días posteriores se saquearon y destruyeron totalmente la Iglesia parroquial y las ermitas de los santos patronos: la Virgen de la Cabeza y San Gregorio Nacianceno. En varias ocasiones lo intimidaron—incluso golpeándolo duramente, a renegar de su fe y de su sacerdote, algo a lo que él se negó siempre de forma rotunda. Arrestado junto con otros paisanos en la cárcel municipal, de allí era sacado todos los días para hacer trabajos forzados, limpiando acequias y arreglando el antiguo camino real de entrada al pueblo desde Turre y Vera: la Cuesta de la Marina. Durante todo el mes de agosto de 1936, bajo un sol abrasador y sin apenas tomar comida ni bebida, fue sometido el pobre anciano a durísimos trabajos en interminables jornadas. Los testigos cuentan verdaderas atrocidades cometidas durante aquellos días en la persona del cura: golpes constantes, insultos, blasfemias para herirlo y lo que es quizá el hecho más cruel de todos: una tarde de finales de agosto don José estaba ya muy débil y con una sed que le abrasaba la garganta, pues durante todo el día se habían negado a darle agua cuantas veces la había pedido. Una señora, vecina del pueblo, que contemplaba la escena, no pudiendo soportar más aquella crueldad, digna de sádicos redomados, fue a su casa y trajo un «porrón» de agua fresca y, sin temer a los guardianes que estaban armados con fusiles, se acercó al cura y brindándole el porrón, dijo: «...beba usted don José que esta fresquica...», entonces se adelantó un miliciano y dijo: «Trae p' acá que yo le daré el agua al curilla», y acto seguido, en una fracción de segundo agarró el porrón y lo estampó contra el suelo, derramando toda el agua y no dejando al pobre anciano mitigar su sed. El día 2 de septiembre se pronunció un mitin en Bédar donde se pidió expresamente «la cabeza del cura». Seis días después, el 8, fiesta de la Virgen de la Cabeza, don José se encontraba ya muy débil por los duros trabajos, el poco alimento y su avanzada edad; por la tarde se sentó en el suelo y soltó el azadón con el que trabajaba; entonces los milicianos le amenazaron dicién-

dole que, si no picaba, lo iban a matar, y él respondió: «Haced lo que queráis, muero gustoso por Cristo». Le pusieron varias veces el astil del azadón en las manos pero ya no tenía fuerzas para sujetarlo, y allí mismo entre insultos, blasfemias y golpes lo acribillaron a tiros. Don José fue inhumando en una fosa común del cementerio de Bédar, y en este lugar hasta hoy continúan los restos, junto a los de otros paisanos que corrieron su misma suerte.

III. DON FLORENCIO LÓPEZ EGEA, PÁRROCO DE TURRE

Don Florencio López Egea nació en Tahal el 27 de agosto de 1883 y fue bautizado en la iglesia de Santa María de dicha localidad dos días después. El padre de don Florencio era natural de Líjar y su madre de Tahal. Ingresó en el seminario de Almería y siguió sus estudios con gran aprovechamiento, des-



Monumento conmemorativo situado en la Cañada Conejo (Turre), lugar en el que fue asesinado el sacerdote don Florencio López Egea (Foto Juan Grima)

tacando sobremanera sus cualidades como músico, tocando el piano y componiendo piezas de música sacra. Al acabar los estudios fue ordenado sacerdote en vísperas de la Navidad de 1907. En el año 1908 fue encargado de Castro de Filabres y, posteriormente, pasó a servir la Parroquia de Santa María de Alcudia de Monteagud, entre los años 1909 y 1915. Durante un breve periodo de tiempo, en 1913, don Florencio estuvo en Turre, parroquia a la que marchará años después y en la que permanecerá «al pie del cañón» hasta su asesinato en agosto de 1936. En el año 1916 gana por oposición el curato de la parroquia de Santa María, de Fines, desde donde pasó a su destino definitivo cuatro años después. Don Florencio llegó a Turre en 1920 y desde el primer momento destacó por su vida sobria y entregada al servicio de los pobres, a los que entregaba pequeñas cantidades de dinero para ayudarles a subsistir. Muchas veces acudía a atender a sus feligreses de la Sierra Cabrera, por intrincados caminos de herradura, con frío, con lluvia, en trayectos que duraban varias horas hasta los Moralicos o la Fuente del Moro (lugares más lejanos de la parroquia a más de 15 kilómetros). Don Florencio, como ya se ha dicho, fue un gran músico y compuso incluso un himno a la Virgen de los Dolores, además de enseñar la Salve que todavía se canta en vísperas de la Semana Santa. Don Florencio desempeñó una labor impecable con los niños y jóvenes de aquella época, a los que enseñó desinteresadamente y preparó a algunos para que pudieran hacer estudios superiores. La Semana Santa de 1936 se vivió con especial tensión al haber sido prohibidas las procesiones. Don Florencio aquellos días ya presagiaba lo peor. Poco antes de la Guerra, el cura, viajó a Barcelona para ser operado por un afamado doctor, intentando mitigar de algún modo la deficiencia ocular que le obligaba a llevar unas gruesas lentes. El día de la Virgen del Carmen (16 de julio) de 1936, al salir de misa, la mujer del tío Frasquito 'el Sacristán', le dijo al cura que se marchara con la hermana que tenía en Buenos Aires, a lo que el sacerdote respondió 'que nunca abandonaría su rebaño'.

Expulsado de la casa curato, que fue bárbaramente saqueada, al igual que el templo, se refugió en el cortijo de su cuñado Antonio Jesús Morales Caparrós, en el Barranco del Negro. El presidente del comité local, Francisco Sánchez Casado, le indicó al cura que no abriera a nadie la puerta, si no era a él mismo. En la noche del 16 de agosto, poco después de medianoche, seis individuos armados, ebrios todos ellos, se dirigieron al cortijo donde estaba refugiado don Florencio y tocaron en la puerta requiriendo su presencia; el cuñado antes citado abrió la puerta al instante y salió el cura vestido de paisano, y



Florencio López Egea, parroco de Turre

cogiendo simplemente la cartera con diez duros y un pañuelo de la mano, pues le dijeron que lo llevaban a Almería a declarar y que, si no le encontraban culpa, volverían al día siguiente. Nada más lejos de la realidad. A pocos metros del cortijo, en «El Llano Colorao», le propinaron una fuerte bofetada, derribándole al suelo. Cuando don Florencio intentó recoger sus gafas, un miliciano las pisó y le dijo que «pa lo que iba a ver no le hacían ninguna falta...». Entre blasfemias y empujones lo condujeron hacia la Cañada del Conejo, una vez allí, se produjeron escenas de un sadismo más propio de cavernícolas que de seres civilizados:

Castraron al sacerdote y le cortaron la lengua, le saltaron los ojos con pinchos de pita y arrojaron su cuerpo maltrecho en repetidas ocasiones sobre las pitas para herirlo más todavía. Mientras le propinaban esas terribles torturas don Florencio permanecía vivo y mientras conservó su lengua pidió sin descanso perdón a Dios para sus verdugos. Lo dejaron semidesnudo, y tirado en aquel lugar, y se volvieron al pueblo con los diez duros (equivalente a unos seiscientos euros actuales) a seguir emborrachándose «a salud del cura». Al día siguiente un pastor encontró el cuerpo maltrecho del párroco y dio cuenta al comité local, apresurándose a enterrarlo para que nadie viera lo que habían hecho con él; no obstante,

varios niños y personas mayores contemplaron como lo metían en el ataúd y lo conducían al cementerio, sin dejar ningún rastro documental de su inhumación. Siempre permaneció en el recuerdo de los turreros la bondad de su párroco y así lo recuerdan todavía los que lo conocieron. En el año 1962 sus restos fueron llevados al Valle de los Caídos, columbario 7736, cripta izquierda, piso 3º.

IV. DON FERNANDO GONZÁLEZ ROS, PÁRROCO DE SORBAS

Nació don Fernando en Cuevas del Almanzora el 12 de agosto de 1871 y fue bautizado al siguiente día en la parroquia de la Encarnación de dicha localidad. Desde niño fue muy asiduo de la iglesia, era acólito y sintió pronto la vocación sacerdotal. El padre de don Fernando quiso que éste fuera militar, pero al final triunfó la decisión del niño e ingresó en seminario de Almería. Fue un magnífico estudiante, obteniendo en 1897 el grado de Doctor en Teología, por la Universidad de Granada. En el mismo año 1897, recibió el orden sacerdotal. Al principio de su ministerio fue coadjutor de la parroquia de su pueblo natal, hasta 1901, año en el que ganó por oposición la parroquia de Santiago Apóstol, de Arboleas. En el río Almanzora permaneció hasta 1914, año en el que nuevamente se presentó a las oposiciones a curatos y ganó la parroquia de Santa María, de Sorbas, cargo que ocupó hasta su asesinato en septiembre de 1936. Don Fernando era un sacerdote extremadamente culto al par que generoso y caritativo. Preparó a muchos jóvenes sorbeños —gratuitamente— para ingresar en los estudios de bachillerato o magisterio. Diariamente visitaba a los enfermos y los socorría con sus consejos, su oración y su dinero, con el que compraba medicinas y remedios para los más pobres. Durante la epidemia de gripe de 1918, el cura muchos días ni comía, ni siquiera se acostaba, atendiendo siempre a los pobres enfermos, sin temer nunca al contagio. Nada más llegar la República, el 29 de junio de 1931, Vicente Cañete, médico de Sorbas, pagó a unos exaltados para que fueran por todo el pueblo pidiendo «la cabeza del cura». En la Semana Santa de 1936 se vivieron momentos de fuerte tensión al haber sido prohibidas las procesiones. Algunas personas de Sorbas lo ocultaron durante los primeros días de la Guerra, habiendo sido quemadas las imágenes sagradas y destruido el templo parroquial y la ermita de San Roque. Una sobrina suya —Ana—,



Fernando González Ros, párroco de Sorbas

casada con Francisco Valero Pérez, se lo llevó a su cortijo de los «Juan Cebadas» en la diputación lubrinería de Rambla Aljibe. Varias veces fueron al cortijo los milicianos de Lubrín a interrogarlo y molestarlo. Comentan algunos testigos que don Fernando intuía cercano su fin. En la madrugada del 10 de septiembre de 1936 unos milicianos forasteros, junto con algunos de Lubrín, se desplazaron en una camioneta hasta el cortijo, detuvieron y maniataron al cura y, entre empujones y culatazos de fusil, lo subieron al vehículo. Dos kilómetros antes de llegar a Lubrín, concretamente junto al camino real de Albanchez a Lubrín, hicieron bajar a don Fernando de la camioneta y comenzaron a golpearlo, llegando incluso a saltarle el ojo derecho. Don Fernando, ya con las manos desatadas, se llevó el pañuelo de la mano hasta la cuenca vacía del ojo derecho, intentando inútilmente contener la hemorragia, mientras pedía a Dios perdón para sus verdugos. Poco después, hartos ya de humillar y pisotear al sacerdote, lo abatieron de un tiro en mitad de la frente; a continuación, descargaron todos los cargadores sobre el cuerpo —ya inerte— del cura. Los restos de don Fernando reposan desde 1962 en el Valle de Los Caídos, columbario 1120, cripta derecha, piso 2º.